

PREGON DE LA SEMANA SANTA DE MURCIA

**Pronunciado el día 29 de marzo en la Iglesia
de Nuestro Padre Jesús, por el Ilmo. Sr. D.**

Gustavo Pérez Puig

Necesito empezar diciendo que es hoy uno de los días más gozosos de mi vida. Pero a la vez uno de los más difíciles. Vengo hoy a decir este elogio de la Semana Santa Murciana que en ocasiones anteriores han pronunciado y pregonado personajes tan ilustres como Narciso Dols, Augusto García Viñolas, Salvador Jiménez, Santos Beguiristain, Juan García Abellán o Jaime Campmany... Todos ellos hombres cuyo oficio es la escritura, la palabra, el ingenio, la belleza y el buen decir. Por mucho que yo intente, y aunque me ponga de puntillas no voy a llegar a su altura. Me temo que incluso no voy a dar la talla. Lo sé y lo asumo y me conformo. Pero cuando me lo ofrecieron no fui capaz de negarme, ni podía, ni quería... A medida que el día se iba acercando lo veía con más inquietud y al mismo tiempo con mayor deseo de que llegase. Era una sensación extraña, difícil de explicar, un estado de ánimo parecido al que tiene un adolescente que se va a presentar a un examen difícil, que se ha preparado a conciencia; o parecido también a lo que se siente cuando se ha decidido un día determinado para declararse a una chica, para decirle por primera vez a una mujer que la quieres... En ese momento desearía uno ser como Gustavo Adolfo Bécquer para decirle tu amor. Pero es igual, cada uno debe conformarse con lo que tiene, con sus limitaciones y con su verdad y decir las cosas lo más sencillamente y lo más sinceramente que pueda. Yo vengo hoy, en cierto modo a declararme a Murcia, a decirle que la quiero y a decírselo pregonándolo así, en público y en un acto de máxima solemnidad, y lo que sí les aseguro es que si mis palabras no son muy bellas y si mis expresiones no resultan muy felices, tendrán por lo menos dos virtudes: EL AMOR y LA SINCERIDAD.

Lo mío no ha sido nunca el hablar y el escribir, aunque he vivido siempre muy cerca de la buena escritura y de la buena palabra. ¡Ojalá que algo se me haya pegado! Lo mío ha sido más bien admirar lo que los otros escriben, y en ese espacio mágico que es el escenario, hacer que la palabra luzca, que el ingenio resplandezca, que la belleza cuaje en un instante de emoción o de risa...

Recuerdo la Semana Santa de Murcia, mi Semana Santa de niño... La recuerdo muy bien. Incluso mucho mejor que la de ahora mismo, como más real y más auténtica. Entonces no se salía de viaje a matarse en las carreteras, ni se iba a las playas a ponerse moreno de repente. Entonces se rezaba. Era un tiempo de oración y de penitencia, de entrar en iglesias y ver procesiones. Y la recuerdo llena de luz, de flores, de velas encendidas, de penitentes encapuchados repartiendo caramelos y huevos duros; de bullicio, de habas verdes en los bares y las tabernas, de figuras maravillosas desfilando como en sueños, dioses ensangrentados, vírgenes dolorosas, ángeles en trance de elevarse de repente; todo eso desfilando por las calles para dejar admirados, boquiabiertos, encandilados a los niños de entonces que no teníamos televisión... Para mí la Semana Santa es toda infancia. Lo recuerdo como visto a través de uno de esos caramelos de cristal, largos y dulcísimos que llevaban los amigos de mi padre en sus enormes faltriqueras. El bamboleo de los pasos, el ritmo de los tambores, el olor del jazmín y del azahar metiéndose hasta los huesos...

Mis recuerdos de Murcia son casi todos de aromas. Una mezcla irreplicable de olores sutiles y diversos que cada uno viene a identificar una imagen o una ilusión y que todos ellos, unidos, componen la fragancia de Murcia. El aroma del Malecón, del río y de la tierra mojada y el estiércol húmedo, es el aliento de la vida y del trabajo, me recuerda esos versos bellísimos del poeta de Orihuela, casi nuestro paisano, Miguel Hernández :

*Por una senda van los hortelanos
que es la sagrada hora del regreso...
...Y van dejando por el aire impreso
un olor de herramientas y de manos...*

Y el aroma del limón, la pimienta, las especias, el olor picante de los deseos y las emociones; y la fragancia del heno fresco y de la huerta madura... Y este otro solemne, blanco y azul, de jazmines y de azahares que es el aroma de las procesiones, la fragancia de Dios.

Cuando me he puesto a pensar qué podía yo decir de esta Semana Santa que no estuviese ya dicho y muy bien dicho, teniendo únicamente como referencia mis recuerdos de niño y mi vida profesional de hoy día, junto con mi ser de murciano, tengo que declarar algo que muchas veces he pensado yo solo y que ahora, por primera vez me atrevo a pronunciar en público. Una declaración y una confesión que en ningún otro lugar del mundo podría hacer porque no me entenderían; pero aquí sí, en Murcia sí y en el marco maravilloso de este templo mucho mejor para entenderme: yo aprendí mi oficio del teatro aquí, en la Semana Santa de Murcia. Y van a comprenderme enseguida. Antes he dicho que la Semana Santa es infancia, pero ahora voy a añadir algo más: es también espectáculo, es teatro, en el más noble sentido de la palabra, un teatro al que ahora se llamaría total, en el cual los espectadores y los actores se confunden; todos interpretan y todos contemplan, para lograr juntos una realidad superior en la que cada uno se siente comediante y espectador al mismo tiempo.

Para comprobarlo basta aposentarse en un balcón o en una esquina estratégica, por ejemplo, junto a la Catedral o en el cruce de la Platería y Trapería, y ver cómo se desliza, cómo pasa, cómo se adelanta, cómo llega y se aleja luego un paso de Salzillo. ¿No es eso un espectáculo? Es como alzarse un telón en silencio y allí está la luz y la sombra y el contraluz y el contraste y la quietud y el movimiento; la imagen que se desliza y el espectador que se asombra y se contempla a sí mismo, su piedad, su propia emoción, convertido él también en espectáculo de fervor, por obra y gracia de la Semana Santa. El telón se levanta y durante unos instantes estás contemplando el cielo mismo, poblado de ángeles y vírgenes y dioses; un instante, un desgarrón; algo parecido a lo que desearía un director de escena cuando levanta el telón para presentar en toda su fuerza teológica y literaria un auto sacramental.

Porque lo que aquí se mira es eso. Si un pobre comediante, como yo, tuviera un día el atrevimiento de fabricar una escenificación de realidades y símbolos celestes, les aseguro que tendría que venir a copiar aquí, a Murcia y, desde cualquiera de esos balconcicos o esquinitas podría empezar a tomar notas y a trazar rayas y a apuntar encuadres.

Y lógicamente, como persona del oficio, tengo que preguntarme: Y esto ¿quién lo ha preparado? ¿Quién lo ha inventado? Porque pienso que son demasiadas coincidencias de belleza, demasiada la agrupación de circunstancias, para que todo se haya producido por casualidad. La casualidad, en esto del teatro, no existe, nada sucede por casualidad. Tiene que haber alguien detrás de todo este montaje de belleza. Y por lo menos quienes estamos aquí reunidos sabemos quién ha sido...

Un elemento mágico de ese fantástico montaje es el movimiento y la quietud confundidas, congeladas, unificadas: es la gracia de la escultura, apoderándose del instante preciso, para eternizarlo... Recuerdo un pasaje muy bello que se cuenta en uno de los evangelios apócrifos: el narrador está relatando el momento solemne del nacimiento de Cristo y para inventar algo que traduzca, en términos de naturaleza, ese momento trascendental para toda la humanidad, dice que todo el movimiento se detuvo, que la naturaleza se quedó quieta y describe unos carneros que quedaron con la pata levantada para avanzar pero no andaban, y unos pájaros, al tiempo de recogerse en un árbol, con las alas levantadas, quietos, suspendidos en el aire sin llegar a posarse... Este lejano narrador anónimo está intuyendo la magia de la escultura religiosa, la belleza de este movimiento congelado en el ademán de bendecir o de golpear.

Y otro elemento mágico es el silencio, pero un silencio lleno de matices, un silencio que también se escucha, porque si de pronto cierras los ojos y concentras toda tu atención en el silencio lo captas perfectamente. Escuchas el murmullo de la emoción, la admiración contenida, el deslizarse de los pasos, el golpe de los mayordomos y todo ese silencio rumoroso te irá indicando en cada instante la distancia y el camino del paso que se desliza y se aleja...

El desarrollo de las distintas secuencias de este montaje no es lógico, ni es cronológico. Es absolutamente libre y emocional. Son como ráfagas, expresiones que aparecen y desaparecen, cuadros vivos, dramáticos, de escenas conocidas de todos y vividas por todos. El Domingo de Ramos, cuando en la liturgia aún resuenan los *hossannas* triunfales y se agitan las palmas de saludo y bienvenida al Hijo de David, aparece por nuestras calles, tremendo y lleno de majestad, EL CRISTO DE LA ESPERANZA, un crucificado agonizante y patético que es como el anuncio y el símbolo de toda la tragedia que vamos a presenciar... Todavía no hemos visto la Cena, ni la Oración del Huerto, ni el Cristo con las manos atadas, ni los nazarenos con la cruz a cuestas...

La Semana Santa es una representación popular, con toda la emoción y la espontaneidad que esto conlleva. Una aparente anarquía la ha ido formando, a través de las Cofradías de huertanos, de menestrales, de profesionales y artesanos que aportaban sus imágenes y su fantasía de tambores, túnicas y pendones. Pero es que nuestra Semana Santa Murciana tuvo un intérprete genial, un hombre que salió del pueblo, que entendió a nuestro pueblo y trabajó para él. Es de justicia dedicar un recuerdo a este ilustre e inolvidable murciano... Tres palabras dichas en términos de elogio. Ilustre porque lo es su obra, el producto de sus manos, de su gubia y su cincel; una obra hecha en solitario, aisladamente, sin otro maestro que su propio padre, un italiano que, como Abderramán II llegó a esta vega de Murcia y se sintió a gusto y aquí se quedó... He dicho también inolvidable, porque si algún olvido pudiera caer sobre su persona o su vida, hay un constante testimonio que lo hace presente en sus obras maestras, unas paseadas en el triunfo de la Semana Santa, como ese Cristo de la Esperanza al que antes aludíamos, otras recónditas, casi ocultas, pero nunca desconocidas, brillando siempre con luz propia en iglesias y conventos y pueblos de nuestra geografía. Y digo también murciano y lo digo como elogio y con un énfasis especial, porque Francisco Salzillo —todos saben que a él me refería sin nombrarle— vivió, trabajó y murió aquí, en Murcia, sin querer ceder nunca a los señuelos, los atractivos y las ventajas que la corte le podía proporcionar. Y a esa su murcianía debemos ahora que lo mejor y casi la totalidad de su obra se encuentre aquí, entre nosotros, para solaz, recreo y admiración de sus paisanos. Por eso pienso que ese

monumento de LA PLAZA DE SANTA ISABEL, donde figuraban los nombres de murcianos ilustres como Floridablanca, Saavedra Fajardo y Juan de la Cierva, el nombre de Francisco Salzillo debió figurar de una forma especial, con letras de oro; porque fue un murciano que se negó a atender esa llamada del mundo, esa especie de tentación andariega que todas las gentes de esta tierra llevamos dentro y que hemos ido derrochando por ahí, con nuestra murcianía regalada por medio mundo.

Pienso que no soy ni mucho menos una persona adecuada, con títulos y méritos suficientes para hacer una exposición de los valores plásticos de la obra de Salzillo. Pero tengo que hablar de ello y voy a decir lo que yo pienso, que no sé si será lo mismo que piensan los críticos y los entendidos. Sólo puedo mirar esas imágenes desde dos puntos de vista: con ojos de infancia y con talante de hombre de teatro.

Como teatro ya lo he dicho: Cada grupo, cada personaje es una quietud sorprendida, un movimiento congelado, una actividad que se ha hecho eterna. El paño de la Verónica, la mano de San Juan, el dolor de María y el golpe del sayón... Heredero directo de Miguel Angel y de Berruguete, construye escenas, narra episodios, desarrolla misterios... Y no puedo por menos de recordar aquí la famosa Cena, esa Cena realmente sorprendente y magnífica, acaso única en el mundo, en la que los manjares, frente a la quietud de las esculturas, son auténticos, verdaderas frutas y verduras frescas de la Vega del Segura. Es tan rica la comida de Murcia y somos los murcianos gentes de tan buen yantar que estoy seguro, y perdónenme la broma, que si de verdad a los apóstoles se les hubiera servido una de estas colosales cenas a base de productos huertanos, Judas se hubiera quedado hasta los postres y nos hubiera dejado sin Semana Santa...

Perdónenme la broma otra vez... Y vamos a hablar de esos ojos de infancia con que yo he contemplado las imágenes de Salzillo. Y me pregunto si se puede ver de otra manera esa Virgen con el Niño de la IGLESIA DE SAN MIGUEL. En primer lugar se parecen. Verdaderamente su modelo fue una madre con un niño. Hay en la mirada de ambos un no sé qué de evidente parentesco... Pero sobre todo los ojos del niño,

saltones, grandes, nerviosos, se diría que de un momento a otro va a saltar de los brazos y se le va a escapar a la madre para echar a correr, a buscar fruta y a mirar las huertas desde el Malecón.

Y sobre todo el ángel... ¿Qué se puede decir del famoso ángel...? Yo no soy un experto en arte, ni en pintura, ni en escultura, ni en imaginería. Pero me creo que soy un poco experto en Salzillo. Las cosas que se ven cuando niño, se entienden mucho mejor. Y yo he entendido algo de este ángel. Hay quien le considera la obra maestra del gran imaginero, pero no es eso; para mí no es precisamente una obra. Aquí Salzillo —y lo digo con mis ojos ingenuos de niño murciano— no esculpió, ni pintó, ni inventó tampoco. Lo que hizo fue retratar, copiar un ángel auténtico, un arquetipo de tal categoría que, desde entonces, no puede haber en el mundo ningún otro ángel que, en más o en menos, no se parezca al de Salzillo; porque la medida, el canon de la perfección angélica está ahí, en que se aproxime más o menos a ese ideal. Yo, de niño, no podía imaginar otro ángel que no fuera éste y aún ahora me cuesta, no comprendo otro tipo de Angelología ajena a este ideal. Por algo el lenguaje popular, tan niño y tan sabio, le ha clavado indeleblemente su artículo determinado para nombrarlo. Es “El Angel”, con mayúscula, no es un ángel cualquiera, es el único, el modelo, la medida de todos los demás...

Junto a él y como contrapunto dramático, está el Cristo. Y todo lo que tiene este ángel de etéreo, de divino, de celestial, lo tiene el Nazareno de Getsemaní, de humano, de dolorido, de oscuro, de aplastado contra el suelo. Y es que teológicamente es así. Cristo-Hombre está sufriendo en ese momento la suprema angustia, sabe que va a padecer, siente que va a morir, pero es que además, en ese instante, acaso el de mayor intensidad dramática y teológica de la Redención, Cristo es un reo, es culpable, ha cargado con todos los pecados del mundo y se siente condenado, va a ser inmolado como Cordero Pascual.

Los exégetas no se han puesto de acuerdo aún para explicar el misterio de ese instante. Cristo, Dios y Hombre, es en ese momento sólo hombre. Su visión no trasciende, está pe-

gada al suelo, oscuro, tal como Salzillo, con su golpe de intuición genial, nos lo está ofreciendo. De otra forma no se explica el grito de angustia, y ese sudor de sangre que le invade, "Padre, pase de mí este cáliz, si es posible... Pero hágase tu voluntad y no la mía"... Incomprensible teológicamente, pero Cristo tiene miedo, piensa que va a flaquear, que no va a poder con el horror que se aproxima. Mezcla extraña y maravillosa de conocimiento y de ignorancia, de dolor y de entrega de sublimidad y de pavor, de debilidad y de fuerza, de fracaso y de triunfo, de humanidad y de divinidad...

Protagonista sobre él, en ese momento está el ángel. Aquí, repito, no hubo modelo humano. Lo que se copia es un ángel, sin sexo, sin humanidad, todo belleza, todo superación hacia lo alto, abstracción de las formas anatómicas más bellas e ideales que los seres humanos puedan agrupar...

La obra de Salzillo es, en cierto modo una lucha, un equilibrio entre lo clásico y lo barroco, entre la quietud y el movimiento, entre lo pictórico y lo escultórico, y, sobre todo, un equilibrio entre el cielo y la tierra, entre lo angélico y lo terrestre, lo divino y lo humano.

Y antes de dejar definitivamente a Salzillo, si es que se le puede dejar alguna vez siendo murciano, permítanme que de lleno, sin rodeos, sin ningún pudor, me sumerja de bruces en el tópico para hartarme de una verdad, tan evidente y fresca como el agua fecunda de nuestro río. Los tópicos muchas veces lo son de puro evidentes, de puro ciertos y, el olvidarlos o eludirlos, sería grave pecado de falsedad. Antes hablábamos del modelo angélico de Salzillo y también he dicho que la Virgen y el Niño parte sin duda de un modelo auténtico, de una madre y un hijo que él vio, acaso muy cerca, acaso en su propio hogar. Ahora voy a hablar de otros modelos, las gentes que pueblan, habitan e interpretan con sus imágenes rígidas, el drama inolvidable de la Pasión. Son nuestros huertanos; hombres y mujeres de la huerta, disfrazados o trasfigurados de cristos, de santos, de sayones y vírgenes, para encarnar esa pasión popular que todos los años desfila en nuestras procesiones. San Juan es un joven adolescente que regresa a casa después de haber sudado en los bancales; Verónica es una moza garrida que le ofrece al Salvador el lienzo

mismo que guardaba en su alacena para enjugar el sudor y la fatiga al regreso de su hombre; los sayones tienen los pies enjutos, resecos y curtidos por el barro de las acequias, las venas y los tendones, tan prominentes, anuncian unos pies trabajados en tierra fangosa; San Pedro exhibe músculos de hierro, antebrazos potentes de remover tabones y atropar estiércol, y posee unas espaldas anchas, flexibles para el juego de alzarse y mirar el sol e inclinarse a continuación para recoger el fruto de la tierra; las arrugas precoces de los galileos y palestinos son surcos abrasados con soles de siglos y de esperanzas, de este sol de justicia que reseca la piel y madura la huerta. Difícilmente pudo encontrar Salzillo modelos más precisos y más preciosos, más fáciles y más próximos. La Virgen de las Angustias, la Piedad, menos clásica que la de Miguel Angel, pero más humana, más cercana a nosotros; es una matrona joven, nada estilizada, una mujer hecha, mórvida, con el poso y el peso de la maternidad triunfante, roto de dolor su bello rostro, de un dolor humano, con las marcas precisas de llanto en los ojos, vueltos hacia el despojo que ha caído en sus brazos... Parece estarnos diciendo: Mirad, era un hombre, hecho para el amor y el trabajo, y ved lo que habéis dejado de él, era mi hijo...

Y aquí no puedo menos que dedicar un recuerdo y un homenaje a tantas madres españolas que, una y otra vez, en estos días nuestros de sangre y de odio, se encuentran con que entregan a la patria un hijo sano, hecho para el trabajo y el amor y en un instante, con un disparo seco por la espalda, le tornan un guñapo, listo para la tumba y el recuerdo... Quisiera no haber hecho este inciso doloroso, pero pienso que es de justicia. Nuestra Semana Santa es conmemoración, representación, drama teológico; pero sobre todo es tiempo de dolor y de meditación. Y la sangre de esos jóvenes que mueren en las emboscadas terroristas, como esta sangre de Cristo, se derrama cada vez por todos nosotros y es nuestra también, es sangre de España.

Cuando yo era niño recuerdo el Jueves Santo como el día más solemne, más grande, más brillante de la Semana Santa. Las muchachas se ponían sus mantillas de encaje para visitar los espléndidos monumentos, prodigio de imaginación de barroquismo, de acumulación de elementos; un no saber qué

hacer para honrar al Santísimo, para subrayar, para exaltar, para celebrar el misterio incomprensible, ese milagro permanente y habitual que se llama Eucaristía... Los guardias civiles en las procesiones llevaban uniformes de gala con muchos bordados en oro y portaban al hombro los fusiles con el cañón hacia abajo. Se celebraba el misterio del amor, el milagro de Cristo hecho Pan, hecho Alimento para todos los hombres; y los “Auroros” cantaban su melopea de la Pasión. Yo no entendía sus palabras, pero sí sentía un íntimo estremecimiento, como de saber que estaba presenciando algo muy grande, muy solemne, algo que conectaba de lleno con el más allá... Y el Jueves Santo por la noche, a veces bajo la luna llena con su primavera recién estrenada, en medio de un silencio respetuoso, pasaba la procesión del Cristo del Refugio; según dicen los entendidos acaso la más venerable, por su antigüedad de todas las imágenes de nuestra Semana Santa... Nadie sabe qué manos la modelaron ni qué voluntades la pusieron en la iglesia de San Lorenzo, pero aquí está. Es un Cristo muerto, patéticamente muerto, con ese atractivo y ese horror y ese vago prestigio que emana de los cadáveres recientes. Es tan tremenda la muerte de este Cristo del Refugio. ¿Refugio de qué y para quiénes?, es tan cruda, repito esa muerte, que mirándole nadie podría pensar en la próxima y ya inmediata resurrección.

La procesión del Viernes Santo es sin duda la más solemne, la más rica, la más espectacular de todas. Supone una auténtica muestra, una monumental exposición, una estupenda antología de la obra de Francisco Salzillo. El espectáculo aquí sí va a llevar un orden y una secuencia lógica, una sucesión de cuadros explicativos, de escenas evangélicas preparadas para despertar la emoción y la piedad. Murcia se despeza ese día muy temprano., aún antes de la amanecida. Los penitentes se visten sus túnicas y aprestan sus cruces, los mayordomos preparan sus cetros y allá van todos antes del alba hacia la plaza de San Agustín. Yo quiero en este momento apropiarme las palabras de un ilustre pregonero que me precedió en este menester, don Juan Hernández Fernández, ilustre representante de la clerecía murciana, hombre que vivió y sintió muchas veces este espectáculo sin par.

“Todo comienza —dijo— al alborear el día, cuando arriban los primeros nazarenos. Se perfila la silueta en el claros-

curo del alba, grácil y generosa, dibujada en matices violeta, mientras en la plaza se empinan las cruces de los penitentes. La salida de la procesión de Jesús, el impresionante cortejo de las imágenes de Salzillo, es un acontecimiento de inefables vivencias espirituales. A las seis de la mañana, según el horario del sol, chirrían los herrumbrosos goznes de la iglesia y en el dintel, el venerable estandarte de los nazarenos”.

No se puede describir mejor y con menos elementos la salida de la antológica procesión. Los penitentes van descalzos, llevan túnicas pobres, de color morado, con el caperuz de los antiguos ajusticiados o de los relapsos de la Inquisición, con breves aberturas en los ojos que les dan un aspecto más fantástico al sentirlos moverse inquietos en el interior. ¡Recuerdo el miedo, el pánico que me daban a mí esos penitentes cuando niño! Y es que verdaderamente es una visión asombrosa, única, difícil de inventar, como un cuadro medieval y fantástico que va a recorrer durante horas las calles de Murcia.

La aparición sucesiva de los diferentes pasos en la embocadura mágica de la puerta, trasmutada en escenario, es todo un estupendo espectáculo. Allí aparece la Cena, el gran derroche de viandas huertanas, el barroquismo gastronómico al que antes aludimos, con sus manjares frescos, húmedos aún del agua de los bancales, rodeando al cordero sacrificado, en medio de las figuras de los apóstoles, sorprendidas en sus poses, sorprendidas en su movimiento... Luego la Oración del Huerto, la magia del ángel y la angustia de Dios. A continuación San Juan, el mozo huertano con el brazo extendido, como señalando algo o mostrando un camino... Y por fin la Madre, la Dolorosa... Siempre que pienso en la Madre Dolorosa, recuerdo una décima de José María Pemán, glosando el pasaje evangélico en el que se cuenta la actitud de la Virgen junto a la Cruz. El evangelista, al referirse a María dice simplemente “Stabat María”, estaba María... ¡Pero qué terrible ese estar junto al suplicio del Hijo muerto, qué difícil y doloroso estar...!

*Estaba la Dolorosa
junto al leño de la Cruz...
¡Qué alta palabra de luz!*

*¡Qué manera tan graciosa
de enseñarnos, la preciosa
lección del callar doliente!
Tronaba el cielo rugiente,
la tierra se estremecía,
bramaba el agua... Y María
estaba, sencillamente.*

La noche del Viernes Santo llegó Jesús al Monte Calvario con la Cruz a cuestas. Le acompañaba el Cirineo, que le ayudó a cargar con el madero, los soldados romanos, las santas mujeres, el apóstol amado y una multitud rugiente, ávida de curiosidad o de rencor. Fue despojado de sus vestiduras, tendido en la Cruz y clavados sus brazos y sus piernas. Después de una larga agonía de tres horas, desde la sexta hasta la hora nona, dice el evangelista, Jesús entregó su espíritu. Sus últimas palabras fueron: "Padre Mío, perdónalos, porque no saben lo que hacen"... Nos estaba, en ese momento, perdonando a todos. Se había cumplido el mandato, había apurado hasta las heces el cáliz que el ángel le ofreció en el huerto. La Redención estaba hecha...

Y la noche del Viernes Santo en Murcia los nazarenos vestidos de negro, dan escolta al marfileño Cristo de la Misericordia. Es el Entierro, la Procesión del Entierro. Y vemos la Virgen de las Angustias de Salzillo. Ahora tiene por fin María el despojo en sus brazos y nos lo muestra a todos, estamos viendo los últimos instantes de dolor en la Semana Santa. A continuación el Sepulcro de Jesús rodeado de unas figuras atormentadas, NICODEMUS y JOSE DE ARIMATEA. Es un grupo escultórico moderno, pero de gran belleza... Y cerrando el patético cortejo LA SOLEDAD DE LA VIRGEN, LA VIRGEN DE LA SOLEDAD. Todo ha concluido y María se ha quedado sola, sola con su dolor.

Aquí concluye el desfile de los misterios y con el alma un tanto acongojada, cansado el cuerpo de tantas emociones y los ojos un poco húmedos, no sabemos si de llorar o simplemente de contemplar tanta belleza, los murcianos nos acostamos esa noche llenos de esperanza. Sabemos que el Domingo de Gloria está muy cerca, que van a sonar las campanas, que va a aparecer por las calles un burlesco diablo encadenado,

una especie de pantomima ingenua y medieval, y que los niños van a gritar de regocijo el “Aleluya”, “Aleluya” y que ese grito y el repique de las campanas, de todas las campanas de Murcia, lloviendo palomas y promesas, va a colarse por las ventanas y los balcones de todas las casas, va a despertar a los perezosos, va a llegar hasta la huerta y hasta el río y todos vamos a levantarnos de otro talante, como esperanzados, como perdonados, porque un año más se ha cumplido en nosotros el misterio inefable de la Redención y nos sentimos más buenos, perdonados, justificados ante el Padre... ¡Fuera las túnicas moradas, los velos negros, las imágenes ocultas! La liturgia de la iglesia, en su sabio simbolismo, arranca fuego nuevo del pedernal y hace lucir la candela en el Cirio Pascual que va a acompañarnos con los granos de incienso, hasta los días grandes de Pentecostés...

Murcia fue fundada en el siglo IX por el sultán Abderramán II. Cuenta la historia que se aposentó aquí y se sintió a gusto. “Aquí se está bien”, es fama que dijo... Y aunque la ciudad no existía, aunque la ciudad se hizo en ese instante en la mente y en el deseo del omeya desterrado, sí estaba este lugar privilegiado, de descanso, de frescor, de aguas rumorosas, tierra fecunda y frutos de todas las especies y variedades. Porque Murcia fue primero huerta, oasis para el moro, vergel para el cristiano, para todos descanso y bienestar y riqueza... Pero si la ciudad es de fundación reciente, la murciana es antigua, tan vieja como la huerta y los hombres que la trabajan y por eso, sin lugar a dudas, el mayor timbre de gloria para un murciano es su huerta y con ella nos sentimos todos identificados; porque esas son nuestras raíces, nuestro blasón y nuestra gloria. Atarjeas, arcaduces, acequias, azudes, aljibes, albercas, palabras huertanas de léxico árabe; como lo son sus frutos, la alcachofa, la alubia, la chirimía, la adelfa, la berengena... La paja de las mieses se guarda en los almiares y el grano en los alfolíes, para molerse luego en las aceñas y tahonas, como se muele la aceituna en las almazaras... Y en nuestros jardines, también los árabes nos dejaron sus nombres, en el azahar, la azucena, el jazmín, el alhelí rodeados de setos de arrayanes... Digo todo esto porque estoy hablando de nuestro pasado agrícola y huertano, cuando los moros del califato vinieron a bautizar a nuestros cultivos.

Había sido antes dominio bizantino del conde visigodo Teodomiro, que se hizo vasallo del Emperador de Bizancio y pactó con el moro y mantuvo este reino, porque eran muchos los lazos que vinculaban a Murcia con el próximo Oriente de Grecia y Constantinopla; reino mediterráneo, abierto hacia el Oriente y hacia el mar, siete veces coronada por las siete coronas que ostenta en su escudo. Nuestra raza es vieja, sabia, mediterránea, agricultora y a la vez viajera. Una mezcla de sangre ha ido configurando nuestro pueblo, que junta la pasión árabe con la elegancia griega y bizantina. Y cuando este pueblo meridional y mediterráneo siente llegar la primavera, mira el verdor de los campos y el iris de las corolas, algo empieza a martillear por dentro. La Semana Santa es un pórtico de penitencia y de silencio, un tiempo de meditación y recogimiento, tiempo de crisálida antes que la primavera rompa la seda del capullo y tienda al sol la albura de sus alas. El primer plenilunio de la primavera, Cristo es prendido en el Huerto de los Olivos, conducido al pretorio y condenado a muerte. Y este misterio religioso que vamos a conmemorar representa el mismo vaivén eterno de la vida y la muerte, del amor y el olvido, del invierno y la primavera. Cristo al hacerse hombre entra en el ciclo de nuestro nacer y nuestro morir, se somete a ello, desde la niñez del Belén, hasta la exaltación en el Monte Tabor y la caída y la muerte en el Gólgota. Y conmemoramos ese desvivirse por nosotros, cuando ya la primavera está restallando en nuestros campos.

Uno de los recuerdos más puntuales y vívidos de mi niñez murciana es la llegada de la primavera. No viene, como dicen los astrónomos y repiten monótonos los calendarios, el 21 de marzo. Aquí la primavera estalla el Domingo de Resurrección. Junto al olor del azahar que respiramos en Semana Santa florece una banda de música en cada calle, anunciando con su presencia que Cristo ha resucitado... ¡Y que esta tarde hay corrida de toros!... Y recuerdo otra banda de música que vino a buscarme cierto día al hotel para recogerme y llevarme al Ayuntamiento, porque me habían nombrado Gran Pez del Entierro de la Sardina. Ya lo he nombrado. No había más remedio: ¡El Entierro de la Sardina!

Una vez que la Semana Santa acaba, este pueblo apasionado, entre árabe y bizantino que es el pueblo de Murcia, se

sumerge le pronto en una especie de locura colectiva, en un gran torbellino de bailes y fuegos y gritos que se llaman Fiestas de Primavera y que culmina con esa expresión popular de paganismo, de vida, de pólvora y de pasión que es el Entierro de la Sardina. He dicho paganismo y no es cierto. Que desfilen burlescos los dioses paganos con sus viejos atributos apolillados y sus laureles marchitos y sus tridentes de cartón, es una broma más, un gesto más de diversión, un pretexto para la bufonada y el espectáculo. Nada hay tan religioso, tan cristiano, tan monacal y clerical como el Carnaval y la Piñata y el Entierro de la Sardina y la Pentecostés. Encomienda de frailes, MENESTER DE CLERECIA. Sin la iglesia ninguna de estas fiestas tendría sentido. Todo está concatenado y envuelto y relacionado. El Carnaval sería un absurdo si no viniese luego la Cuaresma, las carnestolendas, y ésta a su vez no sería nada sin la Semana Santa que al culminar en esa fiesta de las fiestas que es la Resurrección, casi obliga, condiciona, empuja a la algazara, al jolgorio, incluso a la embriaguez y a la locura colectiva. Es el triunfo de la carne, la victoria de la vida sobre la muerte, todos, todos resucitamos en Cristo y esa, y no otra es la doctrina de la Iglesia, cuando San Pablo grita desafiando al mundo "Si Jesucristo no resucitó, vana es nuestra fe"... Pero es que estamos celebrando la Resurrección en primavera, además en esta primavera murciana; calurosa, soleada, apasionada, ubérrima, restallantes los bancales de frutas y verduras que bastan para anegar, hundir y hacer saltar por los aires los mercados de toda Europa...

Recuerdo de cuando fui Gran Pez la locura de esas siete de la tarde... Nada hay comparable, más emocionante, más hermoso, más divertido, ni más apasionante que ese recorrido de casi tres horas por un mar humano, encrespado, electrizado de toda nuestra gente pidiéndote el pequeño juguete, recuerdo sin valor material apenas, pero que quedará guardado como el mejor trofeo conquistado en la noche de pasión, de humo, de alegría, de pólvora que es la noche del Entierro de la Sardina. Yo, en esas tres horas en que no paré un momento de agacharme, coger juguetes, tirarlos a las tribunas o a los balcones, estrechar manos, repartir sonrisas, secarme el sudor de la frente, me sentí como un rey mago, como los tres reyes

magos y fui absolutamente feliz al ver de cerca la cara de ilusión de aquellas gentes...

Y creo que ya es hora de concluir... Hoy es para mí un día parecido, de enorme felicidad. Hice un repaso general a la Semana Santa, hablé de Salzillo y de sus egregias figuras, recorrí un poco, paso a paso, las procesiones, recordé la Resurrección, hablé un poquito de la historia de Murcia y he llegado ahora a las Fiestas de Primavera y al Entierro de la Sardina. ¿Qué me queda? Pues lo más importante de todo, daros las gracias y despedirme. Despedirme con mucha pena porque se termina este momento único en mi vida en que un grupo de paisanos desea escucharme confesar mi murcianía, porque termina este abrazo de hermanos, esta íntima comunicación y voy a concluir con unas palabras que podían haber encabezado este Pregón pero que yo he preferido dejar para el final, como cierre, colofón y resumen de todo:

¡¡QUERIDOS MURCIANOS...!!